

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS

ANALES DE ANTROPOLOGÍA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
VOLUMEN XXXII MÉXICO 1995

MONTE ALBÁN II Y TEOTIHUACAN DENTRO DEL PROCESO CIVILIZATORIO MESOAMERICANO

Bernd Fahmel Beyer

Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM

Resumen: En este trabajo se analiza la relación entre Monte Albán y Teotihuacan como elemento fundamental dentro del proceso civilizatorio mesoamericano. Dicho proceso se enfoca a través de una perspectiva dinámica que valora la contribución de las distintas culturas a un modo de vida compartido. En este sentido se detalla una serie de elementos comunes a las dos ciudades y la dinámica que las pudo haber vinculado durante el Clásico temprano, poniendo atención especial en las regiones intermedias.

Palabras clave: civilización, Monte Albán, Teotihuacan, Clásico temprano.

INTRODUCCIÓN

Cuando Ignacio Bernal escribía sobre el mundo olmeca, era evidente el hecho de que su descubrimiento seguía un patrón más o menos similar al que fue observado en el estudio de muchas otras civilizaciones perdidas.

Una vez que se define una nueva cultura –dice Bernal– se forma un consenso de opiniones. Es entonces cuando se delimita su temporalidad y se precisan sus asociaciones con otras culturas y su significado. Como consecuencia de lo anterior, el *corpus* de materiales y datos arqueológicos se torna en historia –aunque en sentido estricto no de tipo documental–, misma que se puede incorporar al curso general de la Historia (1969: 28-29).

¿Qué es, sin embargo, lo que eleva a determinada configuración cultural al nivel de civilización? ¿Acaso es la calidad de sus vestigios materiales, o es su lugar dentro del fluir de los tiempos? A esta pregunta responde Bernal de la manera siguiente:

Es un hecho que por primera vez en su historia esta región del continente norteamericano se distingue del resto como un área que tomó los pasos hacia la civilización, mientras que las demás regiones continuaron, y habrían de continuar casi en su totalidad [...] en un estadio cultural inferior [...] Parece evidente que el horizonte olmeca inauguró a Mesoamérica, dando origen a numerosos rasgos concretos (es decir, aquellos que pueden ser documentados arqueológicamente) que habrían de ser característicos de Mesoamérica [...] Estos rasgos visibles [...] nos permiten [...] asumir que el mundo olmeca también dio a luz una serie de elementos no visibles, y que por lo tanto no pueden ser demostrados por la arqueología, pero que seguirían siendo característicos durante el periodo final de Mesoamérica, que es el que mejor conocemos (*ibid.*: 186-187).

Esto es, la observación de que determinado conjunto de elementos tangibles e intangibles cruza a Mesoamérica en tiempo y espacio fue la base para que Bernal argumentara que en dicha área sólo hubo una civilización, y que la cultura maya, teotihuacana o azteca fueron parte de ella (*ibid.*: 187).

Trabajos recientes en el área nuclear olmeca, sobre la planicie costera del Golfo de México, confirman esta hipótesis enfatizando los logros de esta antigua gente (Cyphers, coord., 1997). Al mismo tiempo, empero, crecen las preocupaciones con respecto a los esquemas que intentan explicar la transmisión de su complejidad social a los grupos que les sucedieron. Según Bernal, “el fin del mundo olmeca no fue un fin sino un principio, ya que conduce directamente al mundo clásico de Teotihuacan, Monte Albán, Tajín y los mayas”. Apoyados en su religiosidad, “estos pueblos habrían de absorber la herencia olmeca y elevar la civilización a niveles superiores” (Bernal, 1969: 190, 193). Pero, ¿realmente puede la religión por sí misma promover el desarrollo de estados y asegurar la continuidad en sus patrones de interacción? ¿Acaso la cultura material no juega un papel importante como vehículo para sustentar los cambios organizativos dentro de nuevos entornos sociales y naturales?

Una línea de pensamiento diferente, centrada en procesos y en la evolución de la sociedad humana en general, toma como base los logros de la civilización mesoamericana para enfocar con más detalle las relaciones entre sus distintos componentes. La manera como estos autores formulan sus explicaciones varía según la importancia que le atribuyen a los aspectos estructurales o dinámicos del sistema cultural. En este contexto, el papel del comercio ha recibido atención especial, ya que un sistema comunicativo complejo permite el flujo simultáneo de varias categorías de información a través de diferentes canales (Mc C. Adams, 1975: 452). Las conclusiones de estos trabajos, sin embargo, indican que el incremento de la escala social y la complejidad de un sistema no pueden entenderse solamente a través del análisis de patrones de

distribución y su calificación mediante supuestas jerarquías de poder. Más bien, se necesita tomar en cuenta la naturaleza de los contactos entre unidades sociales que fueron diferentes en términos de capacidad y requerimientos tecnológicos, relacionándolos con grupos de personas comprometidas con metas políticas específicas.

Para D. Ribeiro y M. Gomes (1996), la civilización es un proceso que interconecta pueblos y naciones mediante la interacción económica, social y cultural. Dos fuerzas sociales configuran su dinámica cultural: la primera, o etnofilismo, conduce a los grupos étnicos a comunicarse mutuamente y al reconocimiento de identidades equivalentes, posibilitando los pactos para una relación pacífica; la segunda, o etnocentrismo, comprende el sentido de autovaloración que permite a un grupo étnico elevarse sobre otros grupos, y despreciarlos o minimizarlos (*ibid.*: 220-221). A través de la interacción dialéctica entre dichos elementos constitutivos se logra la incorporación ideológica, que va a manifestarse como el sentido de pertenencia a una entidad de escala mayor. La aparición de instituciones, por su parte, permite reducir las diferencias socioeconómicas y desarrollar formas de convivencia más tolerantes.

Ahora bien, ¿cómo aplicar estos conceptos al proceso civilizatorio mesoamericano sin la documentación necesaria para distinguir a cada uno de los actores que intervinieron en él? Tomando como ejemplo la relación entre Monte Albán II y Teotihuacan durante los primeros siglos de nuestra era, los materiales arqueológicos sugieren que no hubo un contacto directo entre ellas ni una frontera bien definida entre sus ámbitos de influencia, pues las regiones que las separan son muy extendidas. Al contrario, los vínculos entre ambas ciudades parecen haber ocupado un lugar clave dentro de la dinámica que estructuró el área cultural mayor, ya que sobre ellos se cimentaron los principios organizativos que permitieron transmitir los logros de los olmecas a las sociedades que los sucedieron. Más aún, la distribución geográfica de los materiales que compartieron otorga un papel fundamental a las sociedades que habitaban las regiones intermedias y a los procesos de asimilación y segregación que dieron forma al mosaico cultural del Clásico temprano.

MONTE ALBÁN DURANTE LA ÉPOCA II

Una breve revisión de los estudios oaxaqueños revela un énfasis en el tema del surgimiento del Estado, y pocos intentos por elucidar su contribución a la historia cultural y a la construcción y mantenimiento de la civilización me-

soamericana en general. Entre éstos, Bernal propuso una relación de neutralidad entre Monte Albán y Teotihuacan, apoyada en mecanismos de cooperación. W. Sanders y R. Santley, por su parte, han asumido la competencia indirecta como instrumento para explicar el origen del Estado zapoteco, mientras que J. Marcus y K. Flannery enfatizan el uso de la presión y la intimidación para lograr el mismo fin (Fahmel, 1993: 180).

Al margen de estos trabajos destaca la propuesta de Flannery, leída en la reunión de Dumbarton Oaks de 1968 sobre los olmecas, con respecto a la relación entre los sitios tempranos de Oaxaca y los del Golfo de México. Basado en ejemplos etnográficos, este autor desarrolla un modelo de intercambio y uso diferencial de materias primas exóticas a través de un mecanismo que incluye indicadores de estatus, símbolos y religión (1974: 79). Aunque sus hipótesis no cubren todo el rango de posibilidades, sigue siendo una contribución que explora canales de interacción no recuperables arqueológicamente. Por esta razón será también de utilidad más adelante, cuando discutamos la relación entre Monte Albán II y Teotihuacan, y sus efectos en las regiones montañosas intermedias de la Mixteca y Puebla-Tlaxcala (figura 1).

En fecha más reciente, R. Drennan (1998) ha reformulado las consideraciones de Flannery sobre situaciones de intercambio asimétrico enfatizando las ventajas políticas que derivan del apoyo económico a una élite menos prestigiosa. Desafortunadamente se minimizan las repercusiones de estos beneficios a nivel regional, o las contribuciones de dichas ventajas a una sociedad más globalizada.

No hay duda de que todas las élites estuvieron involucradas en la construcción de la civilización mesoamericana, independientemente del hecho de que ellas solas no pudieron cargar con toda esta responsabilidad. Surge, por lo tanto, la necesidad de analizar en detalle los logros y las transformaciones que se dieron en las relaciones sociales en general, sin descartar las particularidades de las regiones que la componen y a los actores de cada uno de los grupos sociales que en ellas habitaron.

Con base en las exploraciones arqueológicas efectuadas durante la primera mitad de este siglo, las relaciones entre Monte Albán y Teotihuacan se fecharon entre 400 y 600 dC, o sea, la época Monte Albán IIIA (Caso, Bernal y Acosta, 1967). Algunos materiales de Monte Negro y Huajuapán, empero, sugerían contactos más tempranos entre Oaxaca, Cholula y el altiplano central. Los últimos trabajos realizados en Monte Albán corroboran dicha sospecha y la existencia de formas de interacción bien definidas desde el periodo de Transición II-III A (Acosta y Romero, 1992; Fahmel, 1992; Rattray, 1993;

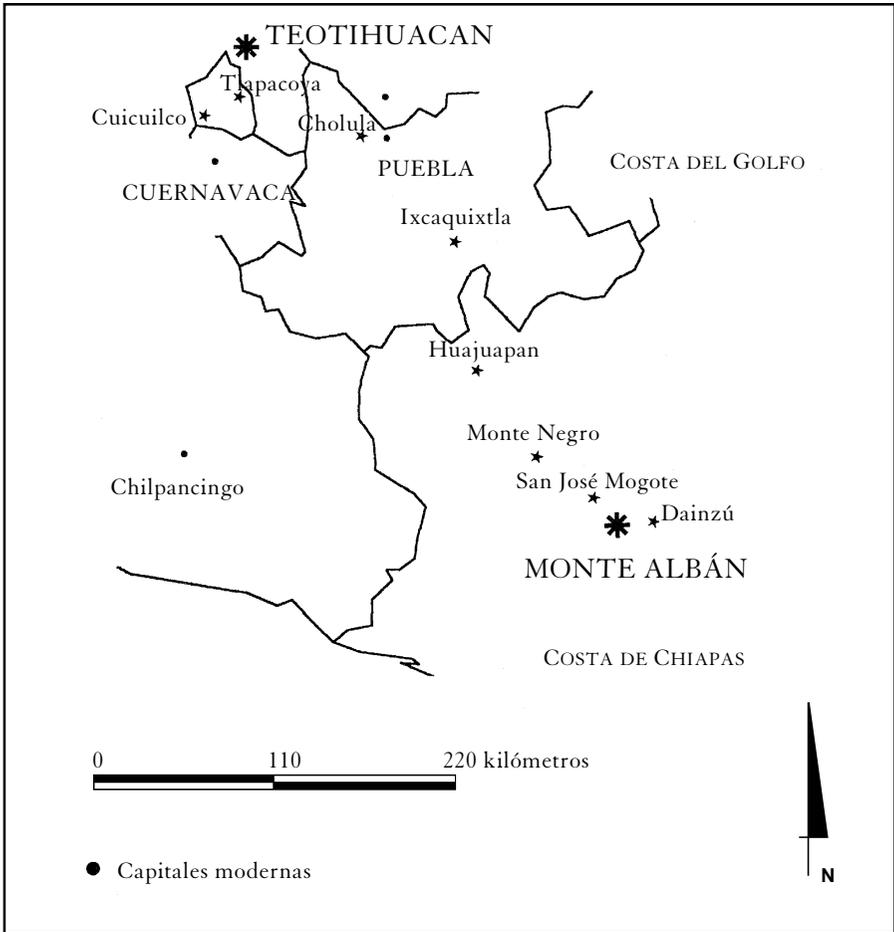


Figura 1. Sitios del Preclásico tardío y Clásico temprano en el altiplano de México.

Martínez López, 1994). Como la relación de Oaxaca con el sureste de Mesoamérica fue muy fuerte durante la época II, y la mayoría de los rasgos culturales del periodo de Transición siguieron siendo de ascendencia maya, hemos nombrado a este periodo Monte Albán II tardío (Fahmel, 1995). Monte Albán II temprano, por su parte, habría comprendido los dos primeros siglos de nuestra era y el auge de las relaciones con Chiapas y las tierras bajas del Petén (figura 2).

Ahora bien, a lo largo de la época II los habitantes de Monte Albán crearon un paisaje urbano impresionante, que debió albergar a una serie de

Monte Albán IIIB - IV	Metepec
680	-----
tardío	tardío
Monte Albán IIIA	Xolalpan
temprano	temprano
400	-----
tardío o	
Transición	Tlamimilolpa
II - IIIA	
Monte Albán II	-----
temprano	Miccaotli
	Tzacualli
0	-----
Monte Albán I	Patlachique

Figura 2. Cuadro cronológico para Monte Albán (según Fahmel 1991 y Rattray 1991).

instituciones nuevas relacionadas con un aparato estatal encargado de la economía regional y de la diversidad cultural. Esta aseveración merece una discusión más detallada basada en la revisión de definiciones y supuestos comúnmente utilizados, pero por el momento se apoyará en los datos e interpretaciones disponibles. Lo importante es que este auge constructivo incluyó nuevos tipos de edificio, hasta un complejo de conmemoración astronómica parecido a los que ya se conocían durante el Formativo tardío en el istmo y las tierras bajas mayas. Es posible que estos grupos arquitectónicos aparecieran desde tiempos olmecas tardíos para regular las relaciones sociales a través de la observación de los movimientos solares a lo largo del horizonte y la programación de las actividades agrícolas (figura 3). Si V. Fialko (1988) tiene razón y el basamento de las Serpientes Emplumadas en Teotihuacan junto con los tres basamentos al oriente de éste fueron un elemento parecido, sus orientaciones confirmarían la delimitación de dos ciclos solares complementarios, vinculados a fechas importantes de la vida económica de esta ciudad. Según las observaciones de J. Broda (1994), las distintas posiciones

del sol sobre el horizonte ya fueron registradas en Cuicuilco mediante las orientaciones de su arquitectura, por lo que la realización de un complejo de conmemoración astronómica en Teotihuacan alrededor del año 200 dC habría que entenderla como la expresión formal de una vieja tradición en función de un nuevo paradigma que estuvo de moda durante el Clásico temprano. El ciclo astronómico dual también se incorporó a la esfera ideológica como una oposición complementaria entre Xipe y Tláloc, dos deidades que fueron celebradas con un enorme ritual propiciatorio al construirse el basamento de las Serpientes Emplumadas (Cabrera, Sugiyama y Cowgill, 1991; Fahmel, 1995). Basados en evidencia etnográfica y documental hemos argüido que estos ciclos se vincularon a procedimientos de intensificación agrícola, mismos que fueron incorporados a las propuestas de W. Sanders sobre el surgimiento de la sociedad compleja en el altiplano central (Sanders, Parsons y Santley, 1979; Fahmel, 1995). Así, con el incremento de su productividad, estados como Monte Albán y Teotihuacan habrían tenido una ventaja sobre

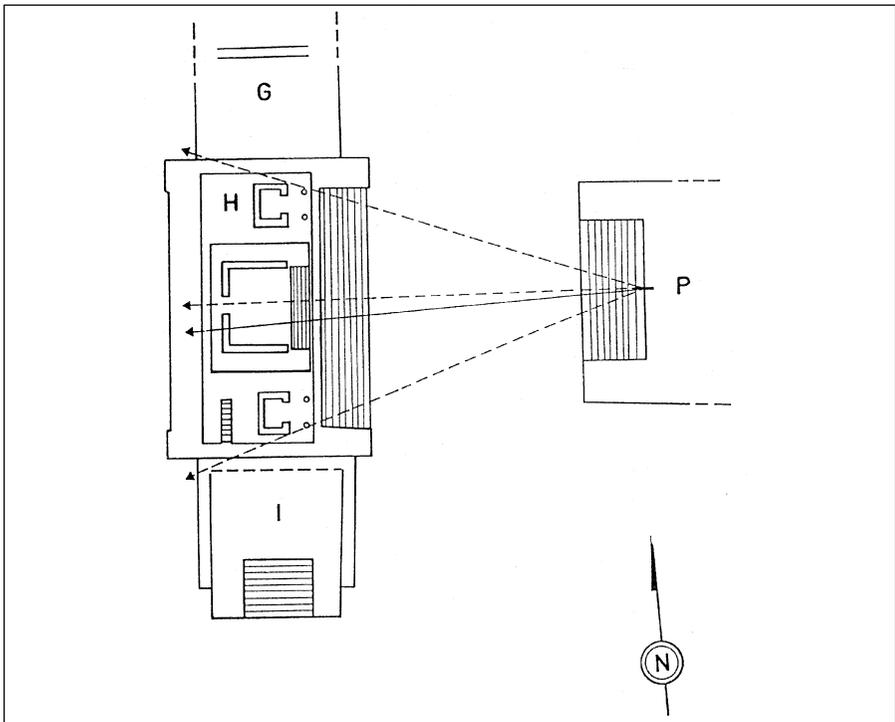


Figura 3. Edificios del complejo de conmemoración durante el Clásico medio.

asentamientos menores y ocupado una posición favorable para desarrollar otras artes y un extenso sistema de intercambio.

¿A qué se debe que los complejos de conmemoración astronómica, y la institución que representan, sólo se encuentren en sitios mayores durante el Clásico temprano? El tipo de asentamiento y el tamaño de la población que los caracteriza sugieren que el factor relevante radica en la capacidad de sus gobernantes para organizar una amplia fuerza de trabajo en beneficio del propio sistema cultural. Su posición central y, en el caso de Teotihuacan, su proximidad al Gran Conjunto, interpretado por R. Millon (1973) como el mercado principal, revelan también una función administrativa de carácter altamente político. ¿Qué tan grande, sin embargo, sería la región administrada desde estos lugares?

LA REGIÓN INTERMEDIA ENTRE MONTE ALBÁN Y TEOTIHUACAN

Durante el Clásico temprano un sinnúmero de sitios y grupos étnicos debió buscar formas legales de coexistencia. El surgimiento de estados debió ser, en parte, resultado de esta búsqueda. El Estado es, en esencia, una organización legal que coordina la economía de una región y resuelve los conflictos surgidos dentro de ella y con las regiones vecinas. Si Monte Albán II y Teotihuacan adoptaron una organización estatal durante estas fechas, su estructuración debió incluir el reacomodo de las estrategias de producción previas hacia el interior y el reajuste de sus relaciones hacia el exterior.

Este proceso quizá no fue tan tranquilo como uno quisiera imaginárselo. De hecho, la conformación de esferas de interacción durante el Formativo tardío debió incluir varias iniciativas diferentes por parte de actores sociales que competían en todos los niveles de la organización étnica. Aunque para Caso (1947) las inscripciones del Montículo J de Monte Albán sugerían la imposición de este sitio por la fuerza, para los inicios de la época II no hay evidencias que documenten un comportamiento agresivo de manera conclusiva (Fahmel, en prensa). Sin embargo, la ofrenda colocada al pie de la Estela 18 (Caso, 1939) habla a favor de un culto a las cabezas-trofeo, tal y como se conoce a los monumentos escultóricos contemporáneos de Izapa, en la costa de Chiapas. Una ofrenda depositada en la cancha de juego de pelota de otro sitio chiapaneco, con un cráneo y las vertebrales cervicales colocadas sobre un plato de cerámica, vincula a la decapitación con el juego de pelota desde fechas muy tempranas (C. Navarrete, comunicación personal). La introducción

del complejo de conmemoración astronómica a Oaxaca incluyó al juego de pelota, conocido en Monte Albán, San José Mogote y Dainzú, donde se representaron jugadores de pelota y la decapitación. El descubrimiento de marcadores de cancha portátiles, pinturas y figurillas de jugadores de pelota en Teotihuacan indica que esta actividad también cobró importancia en dicha ciudad. Desafortunadamente se desconoce la naturaleza de este juego durante el Clásico temprano, por lo que resulta difícil precisar si fue de carácter religioso o militar.

A la par con estos desarrollos muchos otros elementos de la cultura suroccidental de Monte Albán cruzaron la frontera oaxaqueña para reaparecer en Puebla, Tlaxcala y Teotihuacan. El análisis realizado por Bernal del “Complejo Q” demuestra que sus componentes aparecen dentro de una esfera de interacción que incluye las tierras bajas, el altiplano central y Oaxaca desde la fase Monte Albán I tardío hasta finales de la época II (1950: 88-93). Entre los rasgos que lo caracterizan se encuentra la cerámica con pintura “al fresco”, hallada por B. Barba de Piña Chán (1956) en Tlapacoya, en la cuenca de México. Por otra parte, G. Cowgill reporta el hallazgo de cerámicas mayas del Petén debajo de la Pirámide del Sol y dentro de depósitos contemporáneos de la fase Tzacualli en Teotihuacan (Cowgill, comunicación personal).

Para la región que se extiende entre Monte Albán y Teotihuacan se cuenta con los trabajos de E. Rattray sobre la manufactura y distribución de la cerámica anaranjada delgada. Según esta autora, Cholula importó de Ixcaquixtla, en el sur de Puebla, cantidades modestas de una variante temprana de esta vajilla antes del año 250 dC. Las formas posteriores, por su parte, habrían sido enviadas a Teotihuacan (Rattray, comunicación personal). Es posible que este cambio corresponda en tiempo a la fecha de construcción de la segunda pirámide de Cholula, que al ser excavada mostró un estilo único dentro del área (Marquina, 1964) y que ahora puede ser englobado dentro de un grupo de edificios con esquinas indentadas que tiene sus orígenes en las tierras bajas mayas (figura 4). Todos estos edificios parecen haber sido terminados alrededor del año 350 dC, tanto en Teotihuacan como en Cholula y Monte Albán. Las esquinas redondeadas, de origen maya también, aparecieron en Monte Albán y Dainzú en los valles centrales de Oaxaca entre los años 300 y 400 dC, y en Xochitecatl, en el valle poblano-tlaxcalteca, durante el Clásico temprano. Además, se han encontrado cantidades importantes de cerámica gris tipo oaxaqueño en la región mixteca y el suroeste de Puebla, en los valles de Cuicatlán y Tehuacán, y en la región limítrofe entre Puebla y Tlaxcala (figura 5) (Aufdermauer, 1970; Mac Neish, Peterson y Flannery,

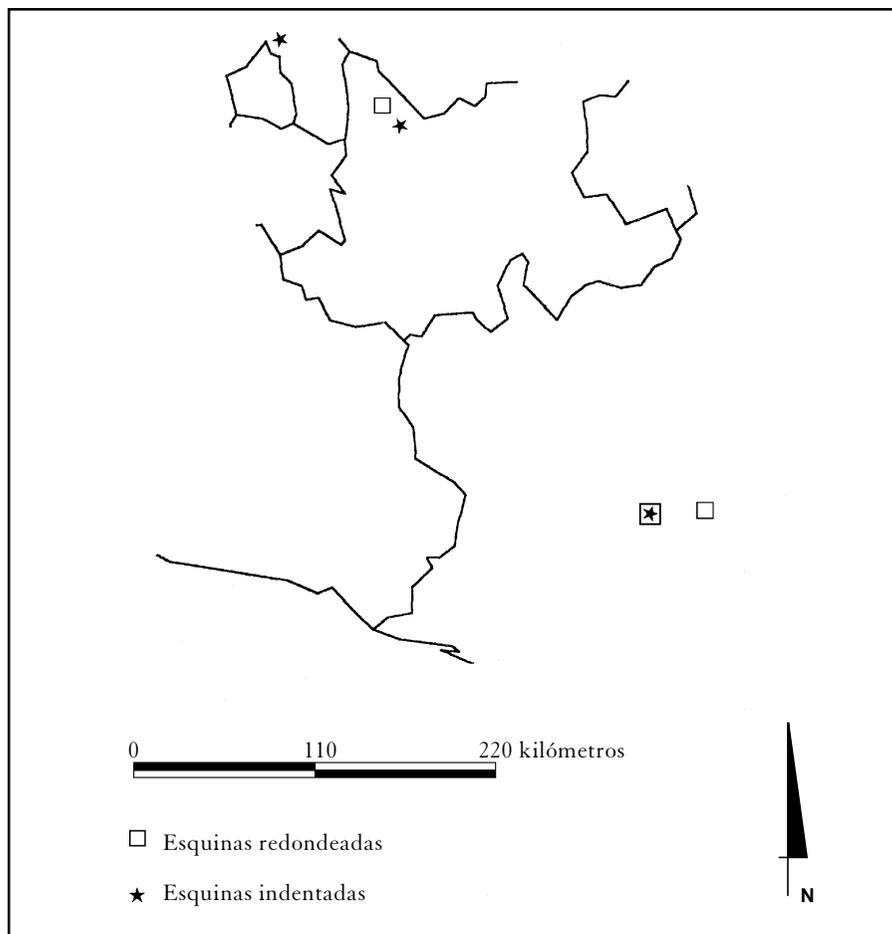


Figura 4. *Sitios del Preclásico tardío y Clásico temprano en el altiplano de México.*

1970; Walter, 1970 y 1971; Spores, 1972; García Cook, 1973a, 1973b, 1974; Dávila y Zaragoza, 1976; García Cook y Trejo, 1977; García Cook y Merino, 1989; Spencer, 1982; Serra Puche, comunicación personal). Las urnas de tipo zapoteco predominan en los valles centrales de Oaxaca, pero también han aparecido en la región mixteca (Gaxiola, 1984). Los tipos cerámicos y las figurillas del altiplano fueron distribuidos ampliamente en los valles de Puebla y Tlaxcala (Mac Neish, Peterson y Flannery, 1970; García Cook y Trejo, 1977; García Cook y Merino, 1989), pero aparentemente no llegaron al actual estado de Oaxaca.

Dentro de Oaxaca, y en especial en Monte Albán, los pasadizos abovedados fueron cosa común durante la época II, y parecen haber pasado de ahí a Yucuita, en la Mixteca Alta (figura 6). Las tinas, pilas y los drenajes, por su parte, parecen tener sus antecedentes en Izapa, en la costa de Chiapas (Lowe, Lee y Martínez, 1982; Hernández Rueda, comunicación personal), apareciendo luego en Monte Albán, Totimehuacán, Xochitécatl, Tlalancaleca, Las Pilas y Cuetlajuchitlan (Spranz, 1967; García Cook, 1973a; Martínez Donjuán, 1979; R. Manzanilla, comunicación personal).

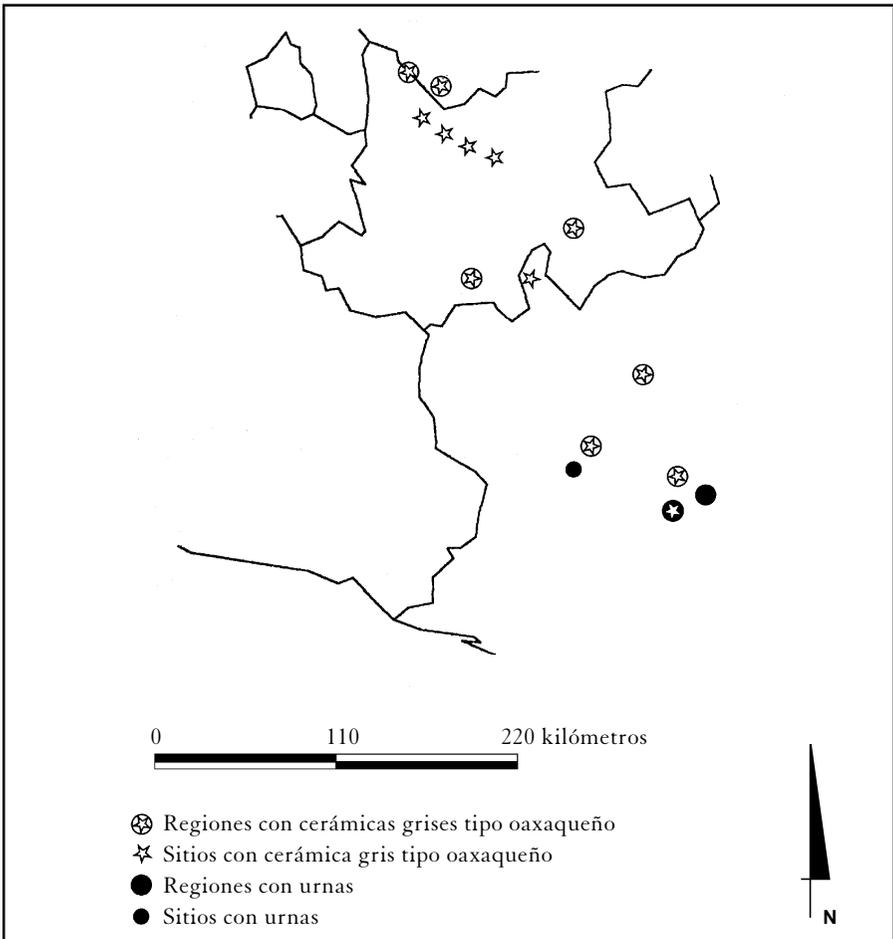


Figura 5. Sitios del Preclásico tardío y Clásico temprano en el altiplano de México.

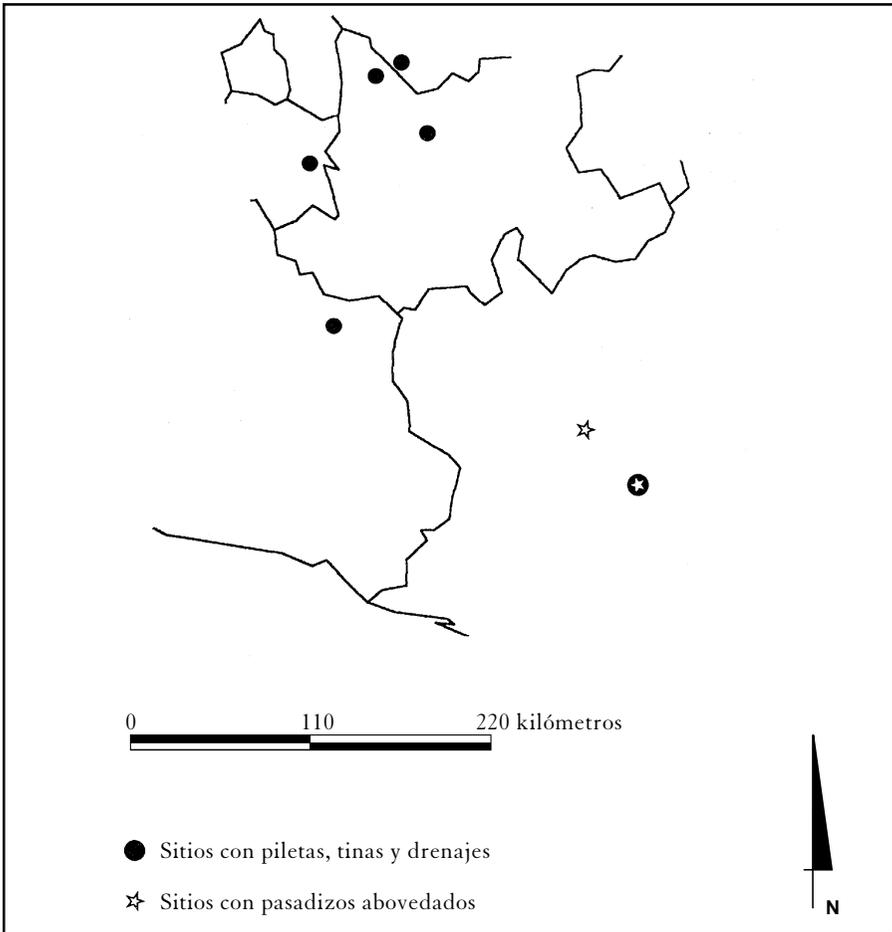


Figura 6. *Sitios del Preclásico tardío y Clásico temprano en el altiplano de México.*

La combinación de talud-tablero al estilo Tlalancaleca fue excavada en Teotihuacan durante los años sesenta (García Cook, 1973a; Angulo, 1996) y corresponde a las primeras fases de construcción de esta ciudad (figura 7). El talud-tablero al estilo teotihuacano es posterior al tablero abierto antes mencionado, aunque ya se le encuentra en Cholula debajo de la segunda pirámide construida entre 250 y 350 dC (Marquina, 1964). El hallazgo de tableros con marco completo dentro de contextos tempranos en Tikal resulta de sumo interés para la discusión de los elementos que representan a las etapas formativas de la civilización mesoamericana, aunque debe considerarse que

estos tableros no fueron colocados sobre un talud (A. Valdez, comunicación personal). Los grupos triádicos que aparecen en Uaxactun fechan antes del inicio de nuestra era, y requieren ser estudiados con más detalle fuera de esta ciudad. Como tal no han aparecido en Oaxaca, pero sí tienen cierto parecido con los grupos de tres templos de Teotihuacan. Finalmente, cabría mencionar las estructuras circulares que han aparecido en varios sitios preclásicos de las tierras bajas de Belice y Guatemala (A. Valdez, comunicación personal). Por su tamaño parecen corresponder a un desarrollo distinto al de las pirámides

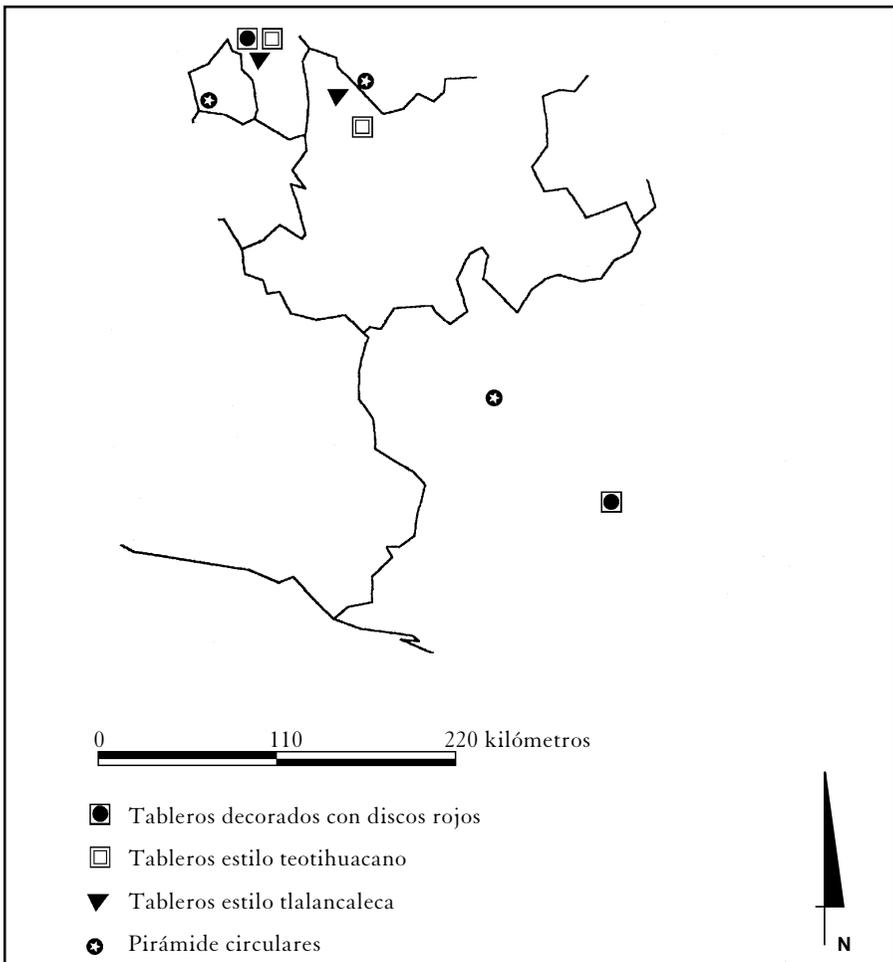


Figura 7. Sitios del Preclásico tardío y Clásico temprano en el altiplano de México.

circulares, con cuerpos escalonados, construidas en Cuicuilco, Xochitecatl y Diquyu en el altiplano mexicano y la región mixteca. Desafortunadamente ninguna de estas últimas ha sido fechada adecuadamente. Por último habría que mencionar algunos elementos teotihuacanos que fueron introducidos a Oaxaca durante el Clásico temprano, como son la obsidiana, algunos tipos cerámicos y tableros decorados en su interior con discos pintados de rojo (Fahmel, 1992; Martínez López, 1994).

CONCLUSIONES

En este trabajo asumimos que Mesoamérica fue la cuna de una civilización que se desarrolló sobre la base de una red de comunicaciones muy compleja. Las distintas culturas que estudian los arqueólogos son parte de ella, pero no pueden ser confundidas con el proceso civilizatorio en sí. Para entender este proceso durante las etapas que sucedieron al apogeo de la cultura olmeca resulta necesario detallar la dinámica que vinculó a los grandes asentamientos del Clásico temprano. Los análisis iconográficos y el hallazgo de objetos de comercio permiten reconocer conceptos religiosos afines y mecanismos de intercambio muy desarrollados. El estudio de la distribución de estos materiales, por su parte, sugiere cierto grado de interdependencia entre Monte Albán II, Teotihuacan y las regiones intermedias, pero no responde de manera conclusiva a la pregunta qué tan grande fue el área que administró cada uno ni cómo se entendieron entre ellos. A esto se suma el hecho de que no sabemos si los sitios menores estuvieron interesados en participar de lleno en sistemas políticos más amplios. Debido a que nadie argumentaría que el Estado "oaxaqueño" del Clásico temprano extendió sus límites hasta los valles poblano-tlaxcaltecas, cabría suponer la existencia de varias unidades políticas menores al noroeste de los valles centrales de Oaxaca. Si el modelo de Flannery (1974) se puede aplicar a esta región, la incorporación de bienes de prestigio y soluciones arquitectónicas foráneas pudiera reflejar alianzas sociales que repercutieran en ventajas comerciales y en la legitimación del estatus político de estas unidades.

Ahora bien, conforme a las propuestas de Ribeiro y Gomes (1996), parecería que Teotihuacan y Monte Albán II establecieron una relación etnofílica, mientras que buena parte de la región intermedia se habría desenvuelto en función de su etnocentrismo. Según estos autores (*ibid.*: 226-227), la transfiguración étnica conduce a confrontaciones en distintos frentes

y niveles, y muchas veces de manera simultánea. La confrontación básica es de tipo biológico. Otra, de tipo político-ecológico, induce a la competencia y a la adaptación. La tercera se basa en la interacción socioeconómica, que puede ser armoniosa o derivar en distintas formas de dominación. Dentro del área cultural mesoamericana los distintos pueblos compartieron la misma base biológica, económica y tecnológica. La gran diversidad ecológica, sin embargo, debió incidir en sus formas particulares de adaptación, tornando a la interacción social en el factor fundamental de su economía.

Monte Albán y Teotihuacan convivieron varios siglos, aunque la relación fue perdiendo la intensidad inicial que permitió incorporar a sus respectivos logros los principios básicos de la civilización mesoamericana. Más aún, como varios rasgos culturales del Clásico temprano provenían del área maya, esta región quedó incorporada a dicha civilización. Muchos de estos rasgos sobrevivieron, a su vez, hasta el Posclásico, confirmándose la hipótesis de Bernal de que a pesar del tiempo realmente nada cambió. Pero, ¿cuál es esa realidad, y qué es lo que se conservó igual? De ser así, ¿acaso se trata de virtudes intrínsecas al proceso civilizatorio que son compartidas por otras civilizaciones? Esta cuestión tendría que ser enfocada con más detalle en vista de las semejanzas y diferencias entre dichas civilizaciones, y el hecho de que, por lo general, sólo se analizan los rasgos que definen a las culturas que las componen.

En el caso Monte Albán II-Teotihuacan, lo que quisimos señalar es la importancia de considerar a una relación dentro de un marco de referencia caracterizado por una dinámica plural. Pretender buscar etnias, grupos o ideologías, o quererlos reducir para equipararlos a culturas arqueológicas, indudablemente llevaría a un desatino. A la falta de un instrumental metodológico que permita dicho cometido se añade el que la arqueología pocas veces esclarece el problema general en que se insertaron los antiguos procesos de autodefinition y vinculación grupal. Reconocer la diversidad y la filiación entre los numerosos sitios y regiones que vincularon a Teotihuacan con los valles de Oaxaca permitirá, a la larga, articular los eslabones que sustentaron esta relación como condición previa al establecimiento y desarrollo de instituciones comunes. De manera más general, este ejemplo servirá para subrayar que la complejidad social es producto de las relaciones intergrupales, mismas que en su constante renovación van construyendo el historial arqueológico de una población.

Abstract: This work analyzes the relationship between Monte Alban and Teotihuacan as a fundamental element in the civilizational process of Mesoamerica. This process is studied through a dynamic outlook which evaluates the contribution of the different cultures to a shared lifestyle. With this purpose in mind, a series of detailed elements from both cities are analyzed, as well as the dynamics which could have linked them during the Early Classic period, paying special attention to intermediate areas.

Keywords: civilization, Monte Alban, Teotihuacan, Early Classic period.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, J. Y J. ROMERO

1992 *Exploraciones en Monte Negro, Oaxaca: 1937-1938, 1938-1939 y 1939-1940.* J. L. Ramírez (comp.), L. Mirambell (coord.), Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

ANGULO, J.

1996 Teotihuacan: el proceso de evolución cultural reflejado en su desarrollo urbano-arquitectónico. Tesis doctoral en Arquitectura, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

AUFDERMAUER, J.

1970 Excavaciones en dos sitios preclásicos de Moyotzingo, Puebla. *Comunicaciones del Proyecto Puebla Tlaxcala*, 1: 9-24.

BARBA DE PIÑA CHÁN, B.

1956 *Tlapacoya: un sitio preclásico de transición.* Acta Antropológica, época 2, 1(1), México.

BERNAL, I.

1950 The "Q Complex" as seen from Monte Alban. *Mesoamerican Notes*, 2: 86-93.

1969 *The Olmec World.* University of California Press, Berkeley y Los Ángeles.

BRODA, J.

1994 Astronomía, lugares sagrados y paisajes culturales del valle de México y zonas aledañas. *Históricas*, 41: 9-11.

CABRERA, R., S. SUGIYAMA Y G. COWGILL

1991 The templo de Quetzalcoatl project at Teotihuacan. *Ancient Mesoamerica*, 2: 77-92.

CASO, A.

- 1939 Resumen del informe de las exploraciones en Oaxaca, durante la 7a y la 8a temporadas 1937-1938 y 1938-1939. *Actas de la primera sesión del XXVII Congreso Internacional de Americanistas*, II: 159-187. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Educación Pública, México.
- 1947 *Calendario y escritura de las antiguas culturas de Monte Albán*. México.

CASO, A., I. BERNAL Y J. ACOSTA

- 1967 *La cerámica de Monte Albán* (Memoria no.13). Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

CYPHERS, A. (COORD.)

- 1997 *Población, subsistencia y medio ambiente en San Lorenzo Tenochtitlán*. Universidad Nacional Autónoma de México, México.

DÁVILA, PATRICIO Y DIANA ZARAGOZA

- 1976 Periodificación de elementos culturales para el área del proyecto arqueológico Cuauhtinchan. *Comunicaciones del Proyecto Puebla Tlaxcala*, 13: 85-98.

DRENNAN, R.

- 1998 Cómo nos ayuda el estudio sobre el intercambio interregional a entender el desarrollo de las sociedades complejas? *Rutas de Intercambio en Mesoamérica del III Coloquio Pedro Bosch Gimpera*. Universidad Nacional Autónoma de México, Mexico.

FAHMEL BEYER, B.

- 1992 Nuevos datos sobre el desarrollo arquitectónico-urbano en Monte Albán. *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, 18: 13-17, México.
- 1993 El concepto de la participación en el discurso de la arqueología zapoteca. *II Workshop de Métodos Arqueológicos e Gerenciamento de Bens Culturais*: 173-183. Florianópolis, Brasil.
- 1995 *En el cruce de caminos: bases de la relación entre Monte Albán y Teotihuacan*. Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- en prensa An old history, and the origin of state institutions in Oaxaca, Mexico. *Revista de Historia da Arte e Arqueologia*. Universidade Estadual de Campinas, Brasil.

FIALKO, V.

- 1988 Mundo perdido, Tikal: un ejemplo de complejo de conmemoración astronómica. *Mayab*, 4: 13-21.

FLANNERY, K.V.

- 1974 The olmec and the valley of Oaxaca: A model for interregional interaction in Formative times. J. A. Sabloff and C. C. Lamberg-Karlovsky (eds.), *The rise and fall of civilizations: Selected readings*, pp. 64-83, Cummings Publishing Company, Menlo Park, California.

GARCÍA COOK, A.

- 1973a Algunos descubrimientos en Tlalancaleca, estado de Puebla. *Comunicaciones del Proyecto Puebla Tlaxcala*, 9: 25-34.
- 1973b El desarrollo cultural prehispánico en el norte del área, intento de una secuencia cultural. *Comunicaciones del Proyecto Puebla Tlaxcala*, 7: 67-71.
- 1974 Una secuencia cultural para Tlaxcala. *Comunicaciones del Proyecto Puebla Tlaxcala*, 10: 5-22.

GARCÍA COOK, A. Y E. TREJO

- 1977 Lo teotihuacano en Tlaxcala. *Comunicaciones del Proyecto Puebla Tlaxcala*, 14: 57-70.

GARCÍA COOK, A. Y L. MERINO

- 1989 Proyecto arqueológico del suroeste de Puebla. *Notas Mesoamericanas*, 11: 94-109.

GAXIOLA, M.

- 1984 *Huamelulpan: un centro urbano de la Mixteca Alta*. Colección Científica no. 114, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

LOWE, G., TH. LEE Y E. MARTÍNEZ

- 1982 *Izapa: An introduction to the ruins and monuments*. Papers no. 31, New World Archaeological Foundation, Brigham Young University, Provo.

MAC NEISH, R. S., F. A. PETERSON Y K. V. FLANNERY

- 1970 *Ceramics*. The prehistory of the Tehuacan valley, vol. 3. University of Texas Press, Austin y Londres.

MARTÍNEZ DONJUÁN, G.

- 1979 *Las Pilas, Morelos*. Colección Científica, no. 75, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

MARTÍNEZ LÓPEZ, C.

- 1994 La cerámica de estilo teotihuacano en Monte Albán. *Monte Albán: estudios recientes*. Contribución, no. 2: 25-54, Proyecto Especial Monte Albán 1992-1994, Oaxaca.

MC. C. ADAMS

- 1975 The emerging place of trade in civilizational studies. J. A. Sabloff y C. C. Lamberg-Karlovsky (eds.), *Ancient civilization and trade*: 451-464, University of New Mexico Press, Albuquerque.

MILLON, R.

- 1973 *The Teotihuacan map* (Urbanization at Teotihuacan, Mexico, vol. 1, part 1). University of Texas Press, Austin y Londres.

MARQUINA, I.

- 1964 *Arquitectura prehispánica*. Memoria, no. 1, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

RATTRAY, E.

- 1993 *The Oaxaca barrio at Teotihuacan*. Monografías Mesoamericanas, no. 1, Universidad de las Américas, Cholula.

RIBEIRO, D. Y M. GOMES

- 1996 Ethnicity and civilization. *Dialectical Anthropology*, 21 (3/4): 217-238.

SANDERS, W., J. PARSONS Y R. SANTLEY

- 1979 *The basin of Mexico. Ecological processes in the evolution of a civilization*. Academic Press.

SPENCER, CH.

- 1982 *The Cuicatlan cañada and Monte Alban: A study of primary state formation*. Academic Press.

SPORES, R.

- 1972 *An archaeological settlement survey of the Nochixtlan valley, Oaxaca*. Publications in Anthropology, no. 1, Vanderbilt University, Nashville.

SPRANZ, B.

- 1967 Descubrimiento en Totimehuacan, Puebla. *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 28: 19-22, México.

WALTER, H.

- 1970 Informe preliminar sobre una excavación realizada en el sitio preclásico de San Francisco Acatepec, Puebla, México. *Comunicaciones del Proyecto Puebla Tlaxcala*, 1: 25-36.
- 1971 Cerámica preclásica de M. Negrete, estado de Puebla, México. *Comunicaciones del Proyecto Puebla Tlaxcala*, 3: 40-54.